

"DAVID HILBERT" por Uxia García Ramallal 3º E.S.O.

Todo empezó aquella mañana de enero del año 1900. Fue el primer día del, para mi esperanzador, siglo XX y también, por suerte o por desgracia el primer día en el que descubrí lo que se siente al perder la ilusión, algo fundamental en nuestras vidas. Sabía y tenía muy presente que mi nombre era conocido, respetado y aclamado a nivel mundial, pero llegado a una edad de 39 años, había llegado la hora de empezar a pensar en mi futuro. Conduje el coche hacia la universidad de Göttingen, como cada día, para continuar alimentando las mentes de mis ilustres alumnos, quienes, estaba seguro, tendrían un futuro brillante.

Había residido en Göttingen desde el año 1895, cuando obtuve el puesto de Catedrático de Matemática en dicha universidad, el mejor centro de investigación matemática en el mundo. Probablemente tuviera que sentirme orgulloso, pero en esos momentos me sentía un fracasado y no lo entiendo, cosa que me extraña, pero es la realidad.

Al llegar a clase me dispuse a explicar la teoría de invariantes, mi primer trabajo, realizado con sólo 26 años. La mayoría de mis alumnos respondieron atinadamente a las preguntas sobre la explicación ofrecida con anterioridad. Cuando me dirigía a recoger mis cosas al final de la clase, me percaté de que uno de mis alumnos predilectos me esperaba pacientemente al lado de mi mesa. Noté un cierto aire de preocupación en su mirada, pero no le di mayor importancia.

- ¿Profesor – empezó a hablar –, podría hacerle una pregunta?
- Dígame, Zermelo.
- ¿Se encuentra bien?
- ¿Cómo ha dicho?

- Bueno, quiero decir que últimamente ya no es el mismo profesor optimista y atrevido que desafiaba a la vida misma con el único fin de demostrar que sus hipótesis y suposiciones eran ciertas.
- Vaya, nunca había llegado a imaginar que uno de mis alumnos pudiera llegar a resumir de un modo tan sutil mi actual vida.
- Le ruego que disculpe mi atrevimiento, profesor.
- No tiene de qué lamentarse señor Zermelo. Usted sabe perfectamente que si tienen algo que decirme prefiero que me lo cuenten sin rodeos y frente a frente, si es posible.
- De acuerdo.
- ¿Hay algo más que quiera hacerme saber?
- Sí, si usted me lo permite me gustaría decirle una última cosa.
- Adelante, le escucho.
- Profesor, tenga presente que la esperanza es lo último que se pierde.

Al decir esto, abandonó el aula y me dejó sumido en mis cavilaciones y en una gran angustia que me oprimía el pecho haciendo que apenas pudiese respirar. Esta última reflexión me había hecho pensar en lo estúpido que había sido durante estos últimos años al no darme cuenta de que el tiempo pasa, pero no por eso debemos estancarnos, al contrario, debemos aprovecharlo todo lo que podamos. Por eso, terminé de recoger mis cosas rápidamente y regresé a casa para intentar recuperar el tiempo perdido, de todas las maneras posibles.

Para empezar, cogí todas mis anotaciones y apuntes sobre mis anteriores trabajos: la teoría de invariantes, la axiomatización de la geometría, la noción de espacio de Hilbert... Ahora estos trabajos tan conocidos e influyentes en el mundo entero me parecían lejanos, como si nunca los hubiera ideado y expuesto delante de cientos de prestigiosos y

destacados matemáticos y científicos. Los leí detenidamente una y otra vez, pero no se me ocurría nada nuevo que crear que supusiera un reto para todos y cada uno de los matemáticos del mundo. Estuve horas y horas ensimismado en mi futuro proyecto, pero no conseguí nada y esto, para qué negarlo, me exasperó y defraudó considerablemente.

Al día siguiente, busqué a Zermelo entre mis alumnos y le pregunté:

- Zermelo, ¿podría ayudarme?
- Claro, supongo.
- Dígame algo que lleve mucho tiempo sin hacer con ustedes.
- No sé, ahora mismo no se me ocurre nada...
- Piense Ernst, se lo ruego.
- ¡Ya sé!
- ¡Cuente, rápido!
- ¡Problemas!
- ¿Problemas?
- Exacto. Hace mucho tiempo que no nos plantea uno de sus complicados y profundos problemas.
- Tiene razón. Le estoy muy agradecido, señor Zermelo.
- No hay de qué, profesor.

Dicho esto corrí todo cuanto me dieron las piernas hasta mi casa. Sentía la necesidad de empezar a desarrollar problemas, pero no simples y sencillos problemas. Quería que esa fuera la recopilación de problemas abiertos más exitosa y triunfal producida por un único matemático. Yo, David Hilbert.

Para mi sorpresa, lo logré. Los problemas salían de mi mente como sale el agua de una fuente en pleno invierno, como si hubieran estado aguardando este día, el gran día en el que la ilusión volvería a mí.

Pronto, pude sostener el conjunto de problemas en mi mano, que serían expuestos en la conferencia “Los problemas de la matemática”, presentada durante el curso del Segundo Congreso Internacional de Matemáticos celebrado en París. Por supuesto, todos mis alumnos y compañeros fueron invitados a dicha conferencia.

Había llegado el gran día y no sentía ni un ápice de nervios. Sabía quién era y de lo que era capaz, por eso mismo, comencé de la siguiente manera:

- Damas y caballeros, ¿quién entre nosotros no estaría contento de levantar el velo tras el que se esconde el futuro; observar los desarrollos por venir de nuestra ciencia y los secretos de su desarrollo en los siglos que sigan? ¿Cuál será el objetivo hacia el que tenderá el espíritu de las futuras generaciones de matemáticos? ¿Qué métodos, qué nuevos hechos revelará el nuevo siglo en el vasto y rico campo del pensamiento matemático?...

La conferencia había sido un éxito, tal y como me imaginaba. Tenía la certeza de que mis 23 problemas serían materia de debate inevitable cada vez que se pregunten cuántos de ellos habrán sido resueltos y todo esto había sucedido porque un chico me había devuelto la ilusión, porque me había recordado que lo último que se pierde es la esperanza. Todo esto había ocurrido gracias a mi inocente e inolvidable alumno Ernst Zermelo.